

Homilía del Sr. Cardenal Mario Poli en la Solemnidad de la Anunciación del Señor

En esta celebración se rezó la Santa Misa y Rosario por la Vida

25 de marzo de 2019 – Catedral de Buenos Aires

Lecturas: Isaias 7, 10-14; 8, 10 – S.R. 39,7-11 – Lc 1, 26-38

La Solemnidad de la Anunciación nos convoca para celebrar el instante en que la humanidad recibe al Hijo de Dios, quien se hizo solidario con nuestra condición humana. Él vino a rescatar lo que hay de divino en el hombre: quien le da la bienvenida es una joven hebrea llamada María. Ella fue elegida y dispuesta por Dios desde el primer instante de su existencia, y la hizo capaz de responderle con un sí incondicional, sin reservas, para establecer su morada entre los hombres.

Esa es la razón por lo que en el acontecimiento histórico del anuncio contemplamos dos misterios: la encarnación del Hijo de Dios y la concepción milagrosa de Jesús en el seno virginal de María, por singular intervención del Espíritu Santo. La vida que acontece es al modo humano, pero no sin la iniciativa divina. Así, el relato en torno al nacimiento de Jesús tiene como principal protagonista a su Madre.

«El Arcángel Gabriel fue enviado por Dios» (*Lc 1,26*); tiene la misión de anunciar al esperado de los siglos y el cumplimiento de las promesas que Dios hizo a Abraham, «quien se estremeció de gozo esperando ver ese Día: lo vio y se llenó de alegría» (*Jn 8, 56*).

Al escuchar que el niño «será llamado Hijo del Altísimo» (*Lc 1,32*), María no duda como Zacarías, pero su pregunta acerca de cómo sucederá, no es ingenua: revela con sinceridad su natural compromiso matrimonial con José, con quien no había convivido. La inquietud de la Virgen hace lugar a la intervención del Espíritu Santo, «Señor y dador de vida», con lo que queda claro que la concepción de Jesús es sobrenatural y milagrosa.

El anuncio del evangelista San Lucas recibe el eco de antiguas resonancias bíblicas; quizá la más importante es la profecía de Isaias que proclamamos en la primera lectura: «Miren, la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel» (*Is 7,14*). Ese Día que anunció el profeta, encuentra a María Inmaculada, dispuesta a

representar a toda la humanidad, y como en una nueva arca de la alianza, a partir de ese momento, ella lleva, no ya las antiguas figuras que anunciaban al Mesías esperado, sino al verdadero sacerdote, profeta y rey: «Jesús, el Señor que salva». También lo podemos decir con las palabras del Catecismo: «Ella es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es “la morada de Dios entre los hombres” (*Ap* 21, 3)» (CEC 2676). Todo transcurre con sobriedad sobrenatural y humana, y desde el mismo instante del anuncio angélico, su vientre –como el común de las madres primerizas–, «calladamente se deformó en cántaro a la presión continua del misterio»¹. No faltó un justo y casto varón que se echó al hombro el cuidado de la Sagrada Familia, y ese fue José, el carpintero de Nazaret, quien, después de recibir su anuncio en sueños (cfr. *Mt* 1,18 ss.) regresó al lado de su amada y fue de Dios, su padre en la tierra. Con él, el Niño quedará vinculado a la familia del Rey David (*Lc* 1,27) y por su madre, a la familia sacerdotal de Aarón (*Lc* 1,5).

Dios, para su Hijo amado, eligió el hogar de una pobre familia obrera, donde la vida concebida se recibió como un don del cielo. Ahí crece «en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (*Lc* 2, 52).

Para mucha gente, la vida es lo que transcurre entre éxitos y fracasos; entre proyectos y logros exitosos; entre la enfermedad y la salud, y solo la reconocen cuando se ve coronada con la prosperidad y la abundancia. Hoy parece pesar más el valor subjetivo y funcional de la vida, cuando ella vale por lo que es: un don sagrado. Aquella mirada pierde sensibilidad ante el semejante y hasta nos permite atribuirnos un derecho que está muy lejos de protegerla y promoverla.

Hoy la liturgia nos devuelve la mirada a lo esencial de la existencia humana: la vida nos es dada, viene de arriba, como en la Anunciación. La Iglesia renueva la exultante alegría que nos contagia el Dios de la vida quien «haciéndose semejante a los hombres y presentándose con aspecto humano» (*Flp* 2,7), se hizo solidario con la humanidad, pero insolidario con el pecado y todo lo que nos quita la dignidad de hijos de un mismo Padre Dios.

Esta solemnidad de Cristo y de María nos invita a hacer una memoria agradecida al Padre Creador de todo el género humano: Él quiso enviar a su Hijo para compartir nuestra suerte como compañero de camino.

En este día sentimos vivamente el compromiso por la dignidad de toda vida, en primer lugar, la de los niños que esperan dejar el santuario donde fueron concebidos para compartir este mundo maravilloso y bello. Del mismo modo, nos acercamos a la cama de los ancianos enfermos, los más pobres de los pobres, y le pedimos a Dios que nadie se atribuya el poder de

¹ Del poema de José Pedroni: *Lunario Santo, quinta luna*.

diferir el momento en que el Creador nos llama a cada uno. La vida es un préstamo sagrado, y solo Él puede reclamarla.

A la luz de la Anunciación, reavivamos el deseo de asumir la causa de los más débiles, cuya vida la pasan entre la humillación, la exclusión y la indiferencia. El dolor se torna insoportable cuando los que padecen son los niños y las niñas.

En este día también estamos con todos los sacerdotes, laicos y laicas que trabajan en los Hogares de Cristo y otras tantas iniciativas solidarias, donde muchos jóvenes encuentran una familia para ponerse de pie ante la humillación del alcohol, las drogas, la prostitución; y con la confianza en que esta labor está inspirada por el Espíritu Santo, promovemos que los Hogares de Cristo, como otros tantos hogares, sigan peregrinando a Luján para darle gracias a nuestra Madre, la Madre de los humildes y marginados, y consagrarse a su maternal protección. Nadie mejor que la Virgen comprende que todos somos amados por su Hijo Jesús, quien se entregó a la muerte por todos.

¡Cómo olvidar el don sagrado de la vida!, cuando para los cristianos cada mujer que concibe es una Anunciación y cada nacimiento una Navidad.

El misterio que hoy celebramos nos devuelve un nuevo lenguaje para definir el milagro de la vida.

Sabemos que es don inmerecido; don que a veces viene sin ser querido; don que espera ser bien recibido; don sagrado que no puede ser rechazado, ni menos ignorado ni interrumpido; don inteligente y semejante a nosotros desde el primer momento; don que las leyes humanas deben proteger y conceder igualdad de oportunidades para todos; don que tiene derecho a crecer por derecho humano y natural.

Cómo olvidar que fue un día como este en que «Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de Él» (1Jn 4,9).